

todos los suyos víctima del furor de los insurjentes. Asaltábalos entonces el terrible pensamiento de si estarían solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano y destinados a perecer entre las montañas a manos de los bárbaros.

Sin embargo, la situación de las cosas, aunque triste en extremo, no era tan desesperada como la imaginación de los sitiados en el Cuzco la pintaba. La insurrección, en efecto, había sido jeneral, a lo menos en los puntos del país ocupados por los españoles, y tan bien concertada, que estalló casi simultáneamente, y los conquistadores que vivían confiadamente en sus tierras, fueron asesinados en número de algunos centenares. Un ejército indio se presentó delante de Xauxa, y otro considerable ocupó el valle de Rimac y puso sitio a Lima. Pero el país que rodeaba esta capital era abierto y llano, y muy favorable por tanto para las maniobras de la caballería. Pizarro, no bien se vió amenazado por aquella multitud hostil, envió contra los peruanos la fuerza suficiente para ponerlos prontamente en fuga como se ejecutó, y aprovechándose de esta ventaja logró castigarlos tan severamente, que si bien continuaron manifestándose en las lejanas cumbres y cortando las comunicaciones con el interior, no se atrevieron a pasar al otro lado del Rimac.

Las noticias que entonces recibió Pizarro acerca del estado del país le llenaron de zozobra. Temía particularmente la suerte que podía haber cabido a la guarnición del Cuzco, e hizo repetidos esfuerzos para socorrer aquella capital. Envío en diferentes ocasiones cuatro distintos destacamentos compuestos en su totalidad de más de cuatrocientos hombres y mandados por algunos de sus más valientes oficiales; pero ninguno consiguió llegar al punto de su destino. Los astutos indios les dejaban adelantarse por lo interior del país hasta que habían penetrado bastante en los intrincados pasos de las cordilleras; entonces les envolvían con sus superiores fuerzas, y ocupando las alturas, descargaban sobre ellos una lluvia de armas arrojadizas, o les aplastaban bajo las rocas que hacían rodar desde sus montañas. De algunos destacamentos no quedó un solo hombre con vida, y de otros solo algunos pocos fujitivos volvieron a Lima con la noticia de su sangrienta derrota (1).

La consternación de Pizarro no tenía límites. Acosándole los más tristes presentimientos sobre la suerte de los españoles dispersos en todo el país, y aun dudaba que él mismo pudiera mantenerse en su posición sin auxilio exterior. Despachó un buque a la inmediata colonia de Truxillo, con orden para que los colonos abandonasen aquel punto con todos sus efectos y fuesen a reunirse con él a Lima. Afortunadamente no se adoptó esta medida. Muchos de los suyos querían aprovecharse de los buques anclados en el puerto para huir y refugiarse en Panamá; pero Pizarro no quiso dar oídos a estos consejos egoístas que envolvían la perdición y el abandono de los valientes que quedaban en el

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.—Herrera, Hist. gen. dec. V, lib. VIII, cap. V.—Garcilaso, Com. Real, parte II, cap. XXVIII.

Según el historiador de los Incas, murieron en estas expediciones cuatrocientos setenta españoles. Cieza de León calcula el número de cristianos que perecieron en esta insurrección en setecientos, y añade que muchos de ellos fueron muertos con mucha crueldad. (Crónica, cap. LXXXI). Este cálculo, considerando la extensión y el espíritu de la sublevación, no parece exajerado.

interior, y que todavía esperaban de él protección y ayuda; y para frustrar de una vez las esperanzas de los tímidos, despachó con diferentes comisiones a todos los buques que tenía en el puerto. Por ellos envió cartas a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y Méjico manifestándoles el triste estado de sus negocios e invocando su auxilio.

Se ha conservado su epístola a Alvarado, que entonces se hallaba establecido en Guatemala. Apelaba en ella a su honor y patriotismo para que le auxiliase, y rogábale que lo hiciera antes que fuese demasiado tarde. Decíale además que sin ser socorridos los españoles no podrían sostenerse en el Perú, y que la corona de Castilla perdería aquel grande imperio. Por último, le ofrecía parte en los resultados de las conquistas que pudiesen hacer reunidos (1). Tales concesiones hechas al hombre a quien dos meses antes hubiera querido Pizarro echar del país casi a cualquier precio, prueban hasta la evidencia lo crítico de su situación. El socorro tan ardientemente solicitado, llegó a tiempo, no de apagar la insurrección de los indios, pero sí de ayudar a Pizarro en una contienda igualmente formidable con sus propios compatriotas.

Llegó el mes de agosto. Mas de cinco meses habían transcurrido desde que principiara el sitio del Cuzco, y todavía las legiones peruanas permanecían acampadas alrededor de la ciudad. El sitio había durado mucho más de lo que se acostumbraba en la táctica de los indios, y mostraba lo resuelto que se hallaban estos a exterminar a los blancos. Pero los mismos peruanos se habían visto por algún tiempo aflijidos por la falta de provisiones. No era empresa fácil mantener tan numerosa hueste, y el recurso de los almacenes de grano, con tanta provisión preparados por los Incas, les sirvió de poco, pues los españoles en su primera ocupación habían consumido y aun disipado prodigamente gran parte de ellos (2). Había llegado la estación de la siembra, y el Inca conoció que si sus súbditos abandonaban este cuidado, no tardaría en caer sobre ellos otra plaga todavía más formidable que la de los invasores. Por tanto, dispersó la mayor parte de sus fuerzas, mandándoles que se retirasen a sus hogares, y que luego que los trabajos del campo estuviesen terminados, volvieresen a continuar el bloqueo de la capital. Reservóse, sin embargo, para guardar su persona una fuerza considerable, con la cual se retiró a Tambo, punto muy fuerte, situado al sur del valle de Yucay, y que había sido residencia favorita de sus antecesores. Apostó también un gran cuerpo de observación a las inmediaciones del Cuzco para vijilar los movimientos del enemigo e interceptar los socorros.

Los españoles vieron con júbilo disiparse aquella hueste poderosa que por tan largo tiempo había tenido rodeada la ciudad. Apresuróse Hernando Pizarro a aprovecharse de las circunstancias para enviar partidas que explorasen el país y trajesen víveres a sus hambrientos soldados; y en esto tuvo tal suerte, que en una ocasión entraron con seguridad en el Cuzco no menos de dos mil cabezas de

(1) «É crea V. S. si no somos socorridos se perderá el Cuzco, que es la cosa más señalada y de más importancia que se puede descubrir; e luego nos perderemos todos; por que somos pocos e tenemos pocas armas, e los indios están atrevidos.» Carta de Francisco Pizarro a don Pedro de Alvarado desde la ciudad de Los Reyes, 29 de julio de 1536, M. S.

(2) Ondegardo, Rel. prim. y seg., M. SS., M. p. 102.